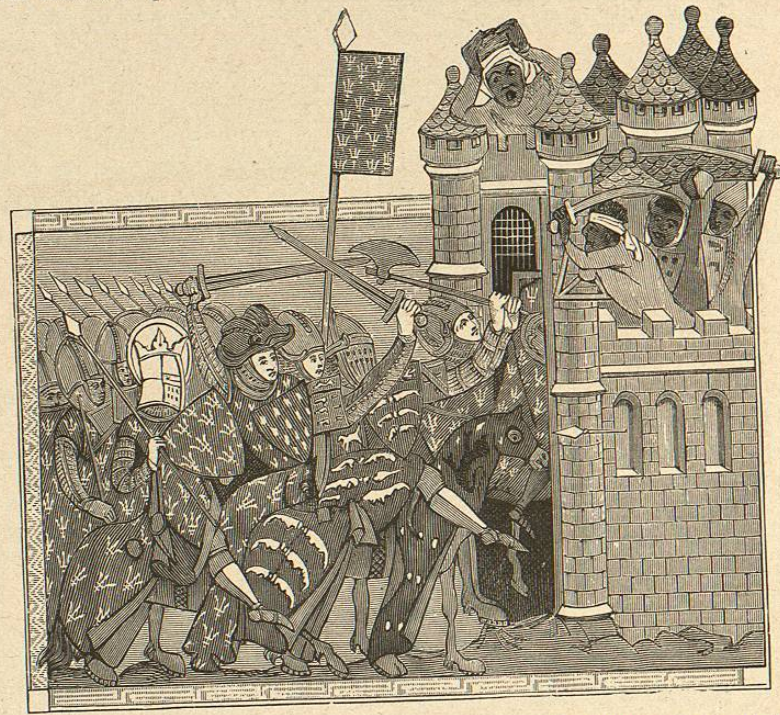


nadie, ni la reina ni otra persona alguna, que supiera decirme para qué el rey me había mandado llamar. Ahora bien; sucedió que me dormí en los maitines, y, durmiendo, vi al rey delante de un altar, de rodillas, á quien unos preladados revestían con una casulla encarnada de sarga de Reims. Llamé á monseñor Guillaume, mi sacerdote, que era muy sabio, y le conté mi visión: «Señor, dijo, veréis que el rey se cruzará mañana.» Le pregunté por qué lo creía, y me dijo que la casulla encarnada significaba la cruz, enrojecida con la sangre que Dios derramó: «En cuanto á que la casulla fuera

entonces se cruzaron también el conde de Dreux, el arzobispo de Ruán, Eudo Rigaud, y una multitud de señores y de eclesiásticos. Pero el señor de Joinville fué de los que resistieron á todas las sollicitaciones: «Fuí muy instado, dice, por el rey de Francia y por el rey de Navarra para que me cruzara. A esto respondí que durante el tiempo que yo había estado al servicio de Dios y del rey en ultramar y después de haber regresado de allí, los servidores del rey de Francia y del rey de Navarra me habían destruído y habían arruinado á mis gentes... Y les dije que si yo quería obrar según la vo-



Toma de Damietta. (De un manuscrito francés que se conserva en la Biblioteca nacional, París.)

de sarga de Reims, dijo, esto significa que la cruzada será de pequeña importancia.» Cuando hube oído la misa, fuí á la capilla del rey y le vi que estaba subido en el andamio de las reliquias y que hacía bajar la verdadera cruz. Dos caballeros, que eran del consejo, comenzaron á hablarse uno á otro, y uno dijo: «Nunca más me creáis si el rey no se cruza aquí.» Y el otro respondió: «Si el rey se cruza, será ésta una de las más dolorosas jornadas que haya habido en Francia; puesto que si no nos cruzamos, el rey nos tendrá mala voluntad; y si nos cruzamos, Dios no nos querrá bien, porque no nos habremos cruzado por él, sino por miedo al rey.»

Al día siguiente, día de la Anunciación, el rey, delante de una numerosa asamblea, pronunció un discurso, *gratiosissime peroravit*; y en seguida habló el legado. Después de lo cual, el rey, sus tres hijos Felipe, Juan y Pedro, los condes de Eu y de Breñaña, Margarita, condesa de Flandes y la mayor parte de los barones presentes recibieron las cruces simbólicas. Más tarde las exhortaciones, las promesas y sobre todo el ejemplo del rey, arrastraron á Thibaut, rey de Navarra, su yerno; á Roberto, conde de Artois, su sobrino; á Guido de Flandes, á los condes de la Marche, de Soissons, de Saint-Pol, etc. Cuando el príncipe Felipe fué hecho caballero, en las fiestas de Pentecostés, el cardenal de Santa Cecilia predicó de nuevo en la isla de la Cité, y

luntad de Dios, me quedaría aquí para ayudar y defender á mi pueblo, porque si yo expusiera mi cuerpo en la aventura de la peregrinación de la cruz, allí donde vería claro que había de ser para daño y perjuicio de mis gentes, enojaría á Dios que expuso su cuerpo para salvar á su pueblo.» Si Joinville hubiera osado, habría desaconsejado el viaje al mismo rey: «Cometieron pecado mortal los que lo aprobaron, dice él. Débil como estaba, si se hubiese quedado en Francia, hubiera vivido bastante para hacer muchas obras buenas; todo el reino estaba entonces en paz en el interior y con todos sus vecinos. Y después que hubo marchado, las cosas no hicieron más que empeorar.»

Jamás Luis IX desplegó tanta actividad como en el curso de los tres años durante los cuales preparó su última expedición (1). Mientras que se exigían simultáneamente contribuciones á los clérigos y á los laicos, entró en negociaciones con Venecia y con Génova para el transporte. No contento con haber comunicado, de grado ó por fuerza, su entusiasmo á sus familiares y con hacer reclutamientos entre sus vasallos, se esforzó en reunir á su alrededor á los extranjeros de quienes era

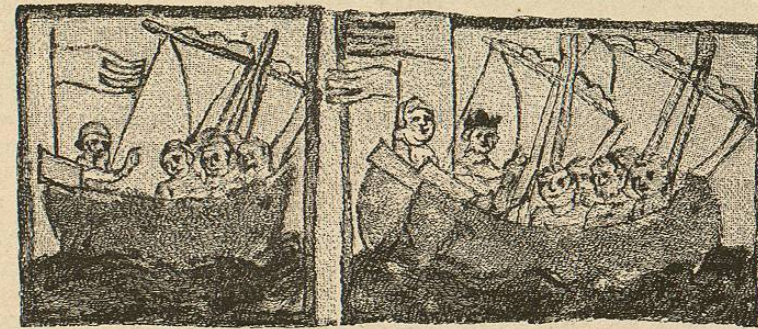
(1) R. Sternfeld, *Ludwigs des heiligen Kreuzzug nach Tunis und die Politik Karl I von Sizilien*, 1896. Consúltase G. Caro, *Zum zweiten Kreuzzug Ludwigs IX von Frankreich*, en la *Historische Vierteljahrschrift*, III, 1898, pág. 238.

el árbitro: hizo renovar las treguas entre Inglaterra y Navarra; obtuvo de los reyes de Portugal y de Aragón, y del príncipe Edmundo de Inglaterra, promesas de que coadyuvarían á su obra; finalmente, envió al archidiacono de París y á uno de sus mariscales á la corte de su hermano Carlos, el vencedor de Sicilia, á fin de «pedirle su consejo sobre el viaje á la Tierra Santa.» Esos mensajeros debían decirle: «Señor, el rey vuestro hermano os pide que toméis la cruz, si os place, para animar á los demás y para espantar á los enemigos de la fe... Quiere también saber qué auxilio le daréis de víveres, bestias, caballos y acémilas á él y á sus barones de Francia que irán en este viaje...»

Este gran celo no era, desgraciadamente, muy ilustrado. Clemente IV se espantaba de ver á Luis pronto

ría y la verdadera llave de los Santos Lugares! «Además deseaba ardientemente que la fe cristiana, que había brillado con tanto esplendor en aquella tierra en tiempo de San Agustín y de los otros doctores ortodoxos, floreciera allí de nuevo.» Esto bastó para que llevara al África la expedición tan penosamente reunida y que era la esperanza suprema de los cristianos de Siria.

Para colmo de locura, el embarque se efectuó en Aigues-Mortes, el 1.º de julio de 1270, en lo más fuerte de la canícula. Diez días después anclaron frente á Cartago. Al cabo de un mes el ejército francés se había deshecho sin combatir, ó poco menos, bajo un sol de fuego; y cuando Carlos de Anjou llegó con refuerzos (25 de agosto), el mismo Luis acababa de sucumbir, víctima de la peste que diezaba su campo.



El rey Luis IX durante la navegación. (Del código *De passagiis in Terram Sanctam*.)

á exponer, en su fe ciega, no solamente su persona, sino que también la de sus tres hijos, á los peligros que iba á correr. El santo rey estaba tan mal informado, como lo había sido veinte años antes, de las formidables inmigraciones de pueblos que agitaban entonces el Asia y del juego político muy complicado que se jugaba entre los Estados cristianos y musulmanes del Mediterráneo. Le persuadieron de que el colmo de la habilidad sería atacar á Túnez (á Túnez, que estaba en relaciones ambiguas con los angevinos de Sicilia) (1) para liberar á Jerusalén. Era el tiempo en que Miguel Paleólogo, el emperador griego de Constantinopla, proponía á Luis que fijara, como árbitro, las condiciones para la unión de las dos Iglesias, griega y latina, dándole seguridades anticipadas de su completa adhesión. El buen rey, que creyó sin duda en la sinceridad de Paleólogo, creyó asimismo que el «rey de Túnez» ardía en deseos de convertirse. Creyó también que Túnez era una presa fácil, el depósito de donde el Egipto sacaba su caballe-

(1) Todo el mundo ha creído hasta ahora que fué Carlos de Anjou, rey de Sicilia, aliado de los musulmanes de Egipto, quien abusó de la candidez de Luis IX para llevarlo á Túnez. Habría tenido necesidad de atemorizar al sultán de dicho punto, y para espantarle de un modo más seguro y con poco gasto, habría desviado la cruzada de su primer objetivo, es decir, el Egipto y después la Siria. Por lo demás, se sabe que de acuerdo con los venecianos había tratado anteriormente de desviar esta misma cruzada contra Constantinopla. Sin embargo, M. R. Sternfeld, en su obra citada, se esfuerza, por el contrario, en demostrar que Carlos de Anjou no tuvo noticia de los proyectos de Luis IX con respecto á Túnez (que le habrían sorprendido extraordinariamente) antes del 22 de julio de 1270. La acusación dirigida contra Carlos de Anjou carecería, pues, de fundamento y habría sido inventada, después del fracaso, por los cruzados, poco satisfechos del giro que habían tomado los acontecimientos. Esta tesis es muy aventurada y ha sido refutada completamente.

CAPITULO V

REINADO DE FELIPE III (2), DE 1270 Á 1285

I. Felipe III y sus familiares.—II. Los primeros años del reinado.—III. Relaciones con los reinos del Mediodía.—IV. La cruzada de Aragón.

Felipe, hijo mayor de Luis IX, sucedió á su padre. Los destinos del reino dependían ya, en gran parte, del valer del personaje á quien hacía rey el principio hereditario; pronto se demostró, en vista de los hechos, que el moderador de Occidente había sido reemplazado en el trono de Francia por un hombre insignificante.

I.—Felipe III y sus familiares

Felipe III, rey á los veinticinco años, había vivido en la sombra hasta su advenimiento al trono. Sumiso á su padre, sumiso á su madre, era dócil hasta el exceso. Si, como se cree, la estatua de mármol blanco, ejecutada de 1299 á 1307 por Pedro de Chelles y Juan de Arras, que estaba en Saint-Denis sobre su tumba, debe considerarse como un retrato, Felipe era un hombre vigoroso, de rostro cuadrado, sin barba, de un aspecto plácido y vulgar. Se sabe de él que era muy piadoso, poco ilustrado, siempre dispuesto á «dar de lo suyo» y amante apasionado de la caza. Tenía seguramente algunos rasgos de semejanza con Luis IX; era, como éste, un hombre sin orgullo, bien hablado, pronto á irritarse y á sosegar, de costumbres irreprochables, profundamente honesto; pero falto de perspicacia y de energía,

(2) OBRA DE CONSULTA.—V. Langlois, *Le règne de Philippe III le Hardi*, 1887.

y por esto fué el juguete de sus familiares, de sus servidores, de su mujer, de su madre, de su tío.

La historia de su favorito Pedro de la Broce, que anuncia los escándalos de los primeros años del siglo XIV, da bastante bien la medida de este personaje. Pedro de la Broce, natural de Tours, se cita como «cirujano y camarero del rey» en la ordenanza del palacio real de agosto de 1261. Luis IX, á quien había curado de un mal en la pierna, le hizo chambelán en 1266 y le donó algunas tierras. ¿Cómo adquirió ascendiente sobre el ánimo del príncipe Felipe? Y adquirió bastante para que desde 1269 fuese considerado como el consejero preferido, el «compadre» del futuro rey. En el campamento, frente á Túnez, Felipe III comenzó la serie de sus liberalidades en favor de Pedro, que llegó á ser señor de Langeais, de Châtillon-sur-Indre, de Damville, etcétera; el notario que, después del embargo de los archivos señoriales del favorito, escribió el inventario de las cartas reales de donación, de confirmación y de privilegio que encontró en ellos, lo cerró con esta chistosa observación: «Si el rey, desde su regreso de Túnez, no ha tenido más trabajo que ocuparse en las donaciones hechas á Pedro de la Broce, ya ha tenido bastante que hacer.» Pedro se enriqueció, casó bien á sus hijos y colocó á su familia. «Los barones y los prelados le temían mucho, dice un cronista, porque hacia del rey lo que quería.» Los condes de Flandes, de Artois y de Saint-Pol, los reyes de Inglaterra y de Sicilia le gratificaban con regalos; el papa le concedía gracias y el general de los franciscanos le prometía las rogativas de su orden.

La autoridad de Pedro de la Broce no tenía rival cuando Felipe, viudo de Isabel de Aragón, casó, en agosto de 1274, con una mujer elegante y bonita, María, princesa de Brabante. Alrededor de la nueva reina, de quien el rey parecía muy enamorado, se formó pronto una pandilla, á la cual se juntaron todos aquellos á quienes ofendían la fortuna y la insolencia del advenedizo y de su mujer.

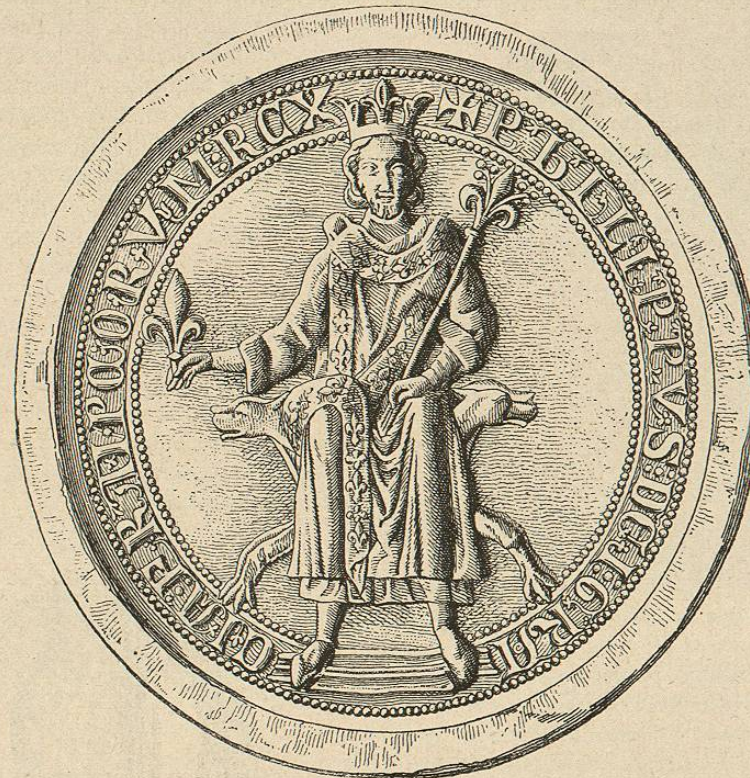
La guerra estalló entre Pedro y los «brabanzones.» No conoceríamos de ella más que el desenlace, si no se hubiese conservado una sumaria incoada después del suplicio de Pedro contra uno de sus parientes, Pedro de Benais, obispo de Bayeux. Hay en esa sumaria detalles bastante pintorescos. El cardenal Simón, legado del papa (el futuro Martín IV), declaró que, poco tiempo después de la súbita muerte de Luis, el mayor de los tres hijos que el rey había tenido de su primer matrimonio, ocurrida en 1276, Pedro de Benais había ido á hablarle: «Señor, habría dicho Pedro de Benais, corre el rumor de que la reina joven y las mujeres de su servidumbre que trajo de su tierra han envenenado al príncipe Luis; se teme que hagan lo mismo con los demás hijos que el rey tiene de su primera mujer. El pueblo de París está tan irritado contra la reina y las mujeres de su servidumbre, que ellas no se atreverían á ir desde el Louvre hasta Notre-Dame por miedo de ser apedreadas.» Al rey y á sus consejeros Pedro de Benais les habría hablado de la muerte del joven Luis con «sonrisas fingidas, alzando los hombros, meneando la cabeza,» como si no hubiera querido decir todo lo que sabía acerca del particular. Así la táctica de Pedro de la Broce habría sido inspirar al rey la sospecha de un envenenamiento, que sólo podían haber co-

metido aquellos á quienes podía aprovechar. Pero corría también otra versión. «En Tours, refirió el legado cuando se instruyó la sumaria, el rey me llamó aparte y me dijo que le habían enviado á decir desde Flandes que un canónigo de Laón le difamaba muy villanamente, atribuyéndole el pecado contra naturaleza; ese canónigo pretendía que dos santas mujeres de la diócesis de Lieja, Aalis la leprosa é Isabel de Sparbeke, le habían dicho que el rey estaba contaminado de aquel vicio. «¿Habéis oído contar esto?, preguntó el rey.—Sí, le contesté. He oído decir que un santo varón sabía, por revelación de Nuestro Señor, que el rey era culpable del pecado en cuestión, y que si no se arrepentía, uno de sus hijos moriría dentro de seis meses. El príncipe Luis murió después de esto.» Con este motivo, habiendo deliberado el rey y el legado, creyeron á propósito enviar alguna persona á las «santas mujeres» de Lieja, para saber si habían dicho algo. Querían para esto un mensajero seguro. Pedro de la Broce, que estaba prevenido, habría recomendado á su pariente el obispo de Bayeux; y éste, Pedro de Benais, fué efectivamente designado. Volvió diciendo que las «santas mujeres» habían negado las palabras que se les atribuían; pero añadió, dirigiéndose al legado: «Isabel me ha dicho en secreto que el niño había sido envenenado; que esto les había sido revelado; aquel ó aquellos que cometieron el crimen pertenecen á la servidumbre de la reina.» Y como el legado pidiera nombres: «Me parece que ya os digo bastante; vos podéis adivinar quién es.» En otra ocasión citó al hermano Enrique, capellán del duque de Brabante, y á la señora de Peruwelz. Más tarde quedó demostrado, si ha de darse crédito al sumario, que él mismo había enseñado la lección á la vidente y había dictado esas acusaciones tan precisas.

Los amigos de la reina María encontraron pronto la ocasión de vengarse. El conde de Artois, enviado á la corte de Castilla, pretendió haber sabido que un traidor hacía saber allí «los secretos del rey de Francia,» y «sospechó en seguida que esto venía de Pedro.» «Algún tiempo después, dice la *Crónica de Saint-Denis*, un monje llevó al rey, que estaba en Melún, una cajita que un desconocido le había confiado, haciéndole jurar que la entregaría al rey en propias manos. Esta caja contenía cartas selladas con el sello de Pedro de la Broce. No se sabe lo que decían esas cartas; pero los que las vieron se asombraron de su contenido.» La corte se trasladó precipitadamente de Melún á París y de París á Vincennes. El chambelán fué detenido y encerrado en la torre de Janville; después, sin haberle permitido que se defendiera, le colgaron en la horca de Montfaucon (junio de 1278). «Los duques de Borgoña y de Brabante, el conde de Artois y muchos otros barones le acompañaron hasta el lugar del suplicio.» La ejecución se llevó á cabo con tanta celeridad como misterio, y según el rumor público, «contra la voluntad del rey.» El pueblo de París quedó sorprendido. Se habló mucho de esto. «Unos decían que Pedro de la Broce había recibido secretamente dinero del rey de España para traicionar; otros, que había envenenado á Luis, el hijo del rey, y que había acusado á la reina.» Las personas prudentes se abstuvieron de formar juicio. «La razón por que le prendieron, dice un cronista, la ignoro, y no es de mi incumbencia hablar de este asunto.»

El buen sentido del pueblo sacó de este incidente la moraleja de que son locos los hombres de humilde condición que quieren imponerse á los gentileshombres, y del suceso se compusieron endechas populares. En cuanto á Pedro de Benais, había huido á Roma y fué en vano que María de Brabante rogara al papa que la vengase. «Nos nos extrañamos, le respondió Nicolás III, que no hayáis despreciado calumnias tan inverosímiles.» Al rey, que había hecho embargar los bienes temporales del obispado de Bayeux, Nicolás III le escribió: «No ha habido procedimiento regular contra

lla en la que habían crecido los hijos de Luis IX; Carlos de Anjou, el «rey de Sicilia,» el conquistador, el victorioso, era el héroe de la misma. La reina madre, Margarita de Provenza, no vivía, por el contrario, más que para su odio: odiaba á los angevinos (que le habían defraudado su legítima en la herencia provenzal), como en el tiempo en que Luis había tenido tanto trabajo en impedir que les perjudicase; su adhesión á los príncipes de Inglaterra, hijos de su hermana Alienor, que compartían sus agravios y sus rencores, seguía siempre inquebrantable. Entre el partido angevino de la



Sello de Felipe el Atrévado

el obispo; nada se ha probado contra él.» Pedro de Benais regresó del destierro al advenimiento de Felipe el Hermoso, hijo de Isabel de Aragón.

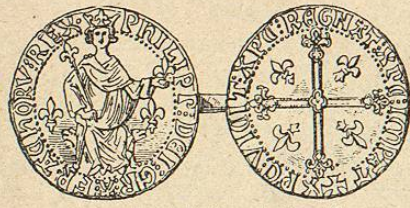
En esta aventura el rey Felipe había demostrado su debilidad, primero haciendo su favorito de un hombre que parece haberse ocupado exclusivamente de sus intereses particulares, después abandonándole á pesar suyo. Por lo demás, después como antes del acontecimiento de 1278, quedó bajo la influencia de otros, y principalmente de las dos reinas María de Brabante y Margarita de Provenza. La reina María amaba las fiestas, las novelas, la vida caballeresca; tuvo una pequeña corte en la que abundaban los príncipes de Imperio, atraídos por los placeres que les proporcionaba el residir en Francia. Los «amigos» de la reina María: el duque de Brabante (que pereció en un torneo), los condes de Borgoña, de Gueldres, de Holanda, de Luxemburgo, y sus émulos franceses los condes de Dreux, de Soissons, de Saint-Pol, etc., grandes señores fastuosos, temerarios, tienen ya un parecido con personajes de Froissart. Roberto de Artois, pródigo y violento como su padre, el vencido de Mansourah, era uno de los hombres más visibles de esa sociedad tan diferente de aque-

reina María y el partido inglés de la reina Margarita, los dos belicosos, agresivos é indiferentes al bien público, fluctuó Felipe el Atrévado.

Otras influencias que es difícil determinar se ejercieron también en la corte de Francia de 1270 á 1285. Los consejeros y los oficiales que se habían formado en tiempo de Luis IX y de Alfonso de Poitiers permanecieron en el ejercicio de sus funciones. Los cronistas, hablando de Mateo, abad de Saint-Denis, antiguo servidor de Luis IX, dicen que «todo se hacía según su voluntad» y «que gobernó el reino durante quince años.» «El rey se sirvió del consejo de maese Mateo, dice la Crónica oficial, y le encomendó los asuntos del reino, como lo había hecho su padre.» Algunas cartas de ese personaje que se han conservado no bastan, por desgracia, á revelar su carácter. Pedro Barbet, Enrique de Vezelai, Pedro Chalón (que sucesivamente fueron guardasellos desde 1270 hasta 1285), Thibaut de Pouancé (que lo fué más tarde), y tantos otros, para la posteridad no son tampoco más que nombres. Es cierto, sin embargo, que representaban la tradición del último reinado y que fué contra su voluntad que algunas veces se separó de ella el gobierno de Felipe.

II.—Los primeros años del reinado

Carlos de Anjou fué quien liquidó la expedición de Túnez. Luis IX murió en 25 de agosto de 1270; se concertó la paz con el sultán en septiembre, y el 1270 ejército de los cruzados volvió á Francia pasando por Sicilia y la Calabria. Durante el camino fallecieron Thibaut de Navarra, la reina Isabel (cuyo mausoleo se ve todavía en la catedral de Cosenza) y muchos otros (1). En Viterbo los reyes de Francia y de Sicilia instaron á los cardenales para que pusieran término á la vacante de la Santa Sede, que duraba desde hacía dos años. Des-



Moneda de Felipe el Atrevido

pués Carlos volvió á Pulla; en mayo de 1271 Felipe estaba en París.

El primer asunto que solicitó la atención del gobierno real después de la coronación, fué la toma de posesión de la herencia de Alfonso de Poitiers y de su mujer, que murieron, sin dejar hijos, al volver de la cruzada. Era de temer que fuese disputada tan rica presa: en efecto, el rey de Inglaterra iba á reclamar, según los términos del tratado de 1259, el Agenais y otros territorios; los languedocianos podían aprovecharse de la unión definitiva de su país al dominio directo de la corona, para protestar una vez más y solicitar el apoyo de Aragón. Pero la herencia (Poitou, Toulousain y dependencias) fué «secuestrada» por las gentes del rey con prontitud y vigor. Tan sólo Roger Bernardo, conde de Foix, que había sido citado á comparecer ante la corte del rey para justificarse de excesos por él cometidos en una guerra particular, se negó á comparecer y se levantó en armas. Esta jactancia suministró un pretexto para «pasear» por las nuevas provincias, como dice el cronista Guillermo de Puilaurens, «la justicia y la majestad» del rey. Felipe en persona se presentó en la comarca de Tolosa con un numeroso ejército. La campaña, que efectivamente fué más un paseo militar que una

1272 campaña, terminó en 5 de junio de 1272 con la toma del castillo de Foix. Así fué como la dinastía capeta recogió sin esfuerzo el fruto de combinaciones preparadas desde 1229 por la fuerza y la política.

En cuanto á las pretensiones inglesas, Enrique III no dejó de producirlas; pero murió en noviembre de 1272. Su hijo Eduardo I volvió en seguida de Oriente, adonde había ido á batirse cuando la cruzada francesa se había dirigido contra Túnez. En el mes de agosto de 1273 prestó homenaje á Felipe «por todas las tierras que él debía tener de la corona de Francia,» lo cual le reservaba el porvenir. Después fué á pasar más de un año en su ducado de Guyena, donde hacían estragos dos pequeñas guerras locales: en el Limosín la vizcondesa Margarita, sostenida en la corte de Francia por

(1) OBRAS DE CONSULTA.—R. Sternfeld, obra citada.—E. Bertaux, *Le tombeau d'une reine de France à Cosenza en Calabre*, en la *Gazette des Beaux-Arts*, 1898.

maese Giraut de Maumont, capellán del rey, batallaba contra el municipio de Limoges; en Bearne el vizconde Gastón amenazaba desde sus castillos de los Pirineos á los oficiales ingleses del ducado. La vizcondesa y el vizconde fueron varias veces derrotados por las gentes ó los partidarios de Eduardo; pero, vencidos, tenían el recurso de apelar al rey de Francia, dómimo superior, y lo utilizaron; á partir de 1273 los parlamentos de Francia pronunciaron numerosas sentencias, con motivo de esos conflictos del Bearne y del Limosín, para detener los éxitos del duque. Es evidente, sin embargo, que ni los familiares del rey de Francia ni el rey de Inglaterra se preocupaban de una guerra que hubiera sido la causa de una lucha entre los dos reinos; por consiguiente, estas pequeñas contiendas, que eran crónicas en el Sudoeste, no revestían ninguna gravedad en tanto que ni uno ni otro de los dos reyes tuviera la intención de encontrarlas. La actitud de Felipe fué relativamente moderada y la de Eduardo conciliadora. Por otra parte, Felipe III cedió en el punto capital. En 23 de mayo de 1279 se refrendó en Amiéns un tratado, complemento de la paz estipulada veinte años antes entre Luis IX y Enrique III: de la sucesión de Alfonso, el rey de Francia abandonó inmediatamente á su primo todo el Agenais (2) y se comprometió á hacer examinar, mediante estudio, la cuestión del Querci tolosano. Al mismo tiempo se autorizaba á Leonor de Castilla, reina de Inglaterra, para tomar posesión de Abbeville y del Pontieu, que acababa de heredar.



Sello de Mateo, abad de Saint-Denis

Otro fragmento se había también desprendido de la sucesión de Alfonso, cuando en el invierno de 1273 á 1274, por respeto hacia antiguas promesas, el rey de Francia había regalado á la Santa Sede el condado Venaissin, reclamado por la Iglesia romana desde el

(2) Desde 1279 hasta el fin del siglo XIII, ingleses y franceses construyeron á lo largo de los nuevos límites establecidos por el tratado de Amiéns una red de puestos fortificados, muy sólidos, de construcción uniforme, de los cuales existen muchos todavía. Los del cuadrilátero limitado por las villas de Condom, Montréal, Eauze y Valence han sido estudiados por F. Lauzun (*Châteaux gascos de la fin du XIII^e siècle*, 1897).

fin de la guerra de los albigenses. Esta cesión había sido enteramente gratuita. No parece, en efecto, que la corte de Francia hubiera entablado con la corte de Roma, durante los primeros años del reinado de Felipe III, ningún convenio político.

La vacante de la Santa Sede había terminado en 1.º de septiembre de 1271 con la elección de un anciano (Tedaldo Visconti), que había vivido en Francia (donde había conocido á Luis IX) y en Oriente. El nuevo papa, Gregorio X (1), tenía mucho celo por la cruzada y por la reunión de las Iglesias griega y latina, uno de los grandes problemas de aquel tiempo. Decidió que un concilio ecuménico, al que serían invitados todos los reyes y el emperador griego Miguel Paleólogo, se celebrase el 1.º de mayo de 1274 en Lyon, para preparar el «paso» y la «unión.» En junio de 1273 se encontraba en Florencia, de camino para asistir al concilio. Entonces ocurrió un incidente singular, cuya importancia se ha exagerado.

No había rey de Alemania: de los dos personajes que durante el gran interregno habían sido revestidos de ese título, uno, Ricardo de Cornuailles, había muerto á principios de 1272; al otro, Alfonso de Castilla, no se le tomaba en serio. Carlos de Anjou concibió entonces el pensamiento de hacer elegir al rey de Francia, su sobrino, que sería un instrumento suyo en Italia. Este hecho hubiera sido desconocido para la posteridad, como lo fué para los contemporáneos, si dos documentos secretos no hubiesen conservado las huellas del mismo. El primero de estos documentos es una memoria enviada á Felipe III de parte del rey de Sicilia. En ella se consigna como un principio que el deber de los príncipes es servir á Dios y que hay derecho á ser más exigente con el hijo de un prohombre que con los demás; por lo tanto, el rey de Francia debe sacrificarse al servicio de Dios, ya que es más rico, más bondadoso, más recto y más valeroso de lo que á su edad era el rey su padre; pero hay muchas maneras de servir á Dios; lo que conviene á un príncipe tal como el rey, no es hacer penitencia, sino tomar el Imperio; en efecto, si las expediciones contra el soldán han fracasado hasta ahora, es que el rey de Francia lo ha atacado siempre con fuerzas insuficientes; ahora bien, si el rey se hace emperador, podrá «coger caballeros» de todas las partes del mundo, sin contar que será de gran honor y de gran provecho á la caballería de Francia que su señor esté por encima de todos los señores del mundo. Aquí la memoria prevé la objeción: «Fácil de decir, pero difícil de hacer.» Y contesta á ella: «Que el rey pueda administrar justicia y tener el Imperio en paz es muy fácil, porque está aliado, por la sangre ó de otro modo, con seis reyes: Castilla, Aragón, Navarra, Inglaterra, Sicilia, Hungría; no habrá más que aliarse con algunos alemanes, y el rey tiene de sobras los medios.» El segundo documento es un informe dirigido por dos mensajeros del rey de Francia á su señor. Se avistaron en Florencia con los cardenales amigos de Francia, Ottoboni (que fué Adriano V) y Simón (que fué Martín IV). «En su celo por la religión, han dicho, el rey nos ha enviado hacia el Apóstol para saber lo que la Iglesia le aconsejaría con respecto á aceptar el

(1) F. Walter, *Die Politik der Kurie unter Gregor X*, 1894.

Imperio, si á él fuese llamado.» Los cardenales les han aconsejado que consultaran la cuestión con el papa, sin entrar en detalles de los socorros que la Iglesia podría suministrar si llegara el caso. Al día siguiente el papa les recibió de una manera muy cortés y les contestó con palabras evasivas. Poco después, en Santa Croce, cerca de Bolonia, no fueron más afortunados; se les invitó á que volvieran á pasar. Finalmente, como volvieran á la carga, el papa se ha fingido enfermo; les ha hecho saber que no tenía nada que añadir á sus respuestas anteriores, y les rogaba que saludaran al rey de



Sello de Eduardo I de Inglaterra

su parte. He aquí todos los informes que se tienen sobre la candidatura de Felipe III al Imperio. Carlos de Anjou la sugirió, sirviéndose de argumentos que no denotan un conocimiento profundo de la política alemana; Felipe consintió en tantear el terreno. Pero Gregorio X no tenía probablemente gran empeño en contentar á Carlos de Anjou, ya que éste era enemigo de Miguel Paleólogo y de los Gibelinos, á quienes el papa quería reconciliar, y dejó fracasar el proyecto. En 29 de septiembre un señor poderoso en la Alsacia y en la Helvecia, Rodolfo de Habsburgo, fué elegido por los electores del Imperio.

En noviembre de 1273 Gregorio X se encontraba en Lyon. El rey le guardaba tan poco rencor por lo que había pasado en Florencia y en Santa Croce, que fué á saludarle y envió una guarnición á la ciudad imperial para garantizar la seguridad del concilio. Fué entonces cuando el rey consintió en ceder el Venaissin á la Iglesia.

El concilio, en el que tomaron asiento quinientos obispos, sesenta abades mitrados y más de otros mil preladados, en presencia de los embajadores de todos los reyes de Europa, duró desde mayo hasta julio de 1274; en él los enviados de Grecia abjuraron el cisma y se decidió la cruzada general.

Pero la cruzada suponía la paz en Occidente. Gregorio X se ocupó desde entonces en desembarazar á Rodolfo de Habsburgo, jefe designado para la gran expedición futura, de los enemigos que tenía. Lo consiguí